

**TRANSCRIPCIÓN DE LA CONFERENCIA DEL EXCMO.SR.PRESIDENTE
DE LA JUNTA DE EXTREMADURA EN EL AULA DE CULTURA “ESTEBAN
SÁNCHEZ”, DE LA RESIDENCIA UNIVERSITARIA “HERNÁN CORTÉS”,
DE BADAJOZ**

TEMA: “LA TRANSICIÓN EN EXTREMADURA”

Badajoz, 17 de diciembre de 1997

Muy bien, buenas noches. Si bien es cierto que -como ha dicho el Director de la Residencia- no se trata de contar batallitas de viejo, después del currículum que ha leído, ¡cuidado lo viejo que estamos algunos!

Vamos a ver, yo quiero empezar esta intervención, que procuraré hacer lo más breve posible, con dos agradecimientos: en primer lugar al Director, por haberme invitado a venir para explicar la memoria de lo que fue la Transición Política en Extremadura; en segundo lugar ese agradecimiento por las palabras que ha tenido hacia mí; y en tercer lugar agradecimiento, también, a los residentes de esta Residencia, puesto que como todos sabemos el 5 y 6 noviembre tuvimos una desgracia en Extremadura, en Badajoz, y cuando hubo que arrimar el hombro para hacer hueco en la Residencia y para preparar la Residencia al objeto de albergar a personas que podían ser desalojadas, como así fueron, de sus viviendas habituales, pues tengo constancia fehaciente de que todos los residentes hicieron un trabajo espectacular durante esa noche, que aunque lo hicieron de una forma anónima yo quería aquí públicamente reconocer todo lo que hicisteis en esa noche para poder atender a la desgracia que sobrevino a Extremadura.

Creo que hay que ayudar siempre que se lo necesita y en estos momentos quiero también desde aquí, desde Badajoz, desde Extremadura, ayudar a otras personas que sin tener inundaciones sí están necesitadas de apoyo, y de ayuda, de todo el resto de España, cuales son, o cual es, el militante del Partido Popular de Rentería que va a sustituir al asesinado José Luis Caso en su puesto de concejal en el Ayuntamiento de Rentería y que por haber afirmado que los cinco concejales de Herri Batasuna del Ayuntamiento de Rentería fueron el comando de información que permitió a ETA asesinar a José Luis Caso, este mismo mediodía le presentaban una querrela criminal, a este hombre que todavía no ha tomado posesión de concejal, por injurias, por delito, por posible delito de injurias. Yo desde aquí quiero ayudar a este concejal, a este futuro concejal del Partido Popular, diciendo, desde Extremadura y desde Badajoz, que yo también suscribo sus palabras. Yo también digo que los cinco concejales de Herri Batasuna de Rentería era el comando de información que permitió el asesinato de José Luis Caso, para que así... (aplausos) Y creo que si, como yo, dos mil cargos públicos de España hicieran esta misma declaración habría que meter una querrela criminal contra dos mil cargos públicos. Y ésta es la forma de ayudar a un concejal, porque después de nada vale llorar en su entierro, hace falta ayudarle para que no sea asesinado y, mucho menos, para que tenga una querrela criminal.

Y dicho esto, vamos al tema que nos ha traído aquí esta noche, que es la Transición en Extremadura.

En primer lugar, permítanme que les diga que para saber por dónde se transita hay que saber dónde estábamos y adónde hemos llegado. Y es necesario decir que estamos asistiendo, sin ninguna reacción, o por lo menos sin ninguna reacción aparente, a una especie de lavado de cara del franquismo, que era el sitio de donde veníamos y desde donde se hizo la transición hacia la Democracia. Eso de referirse, como he visto en medios de comunicación y en algún conferenciante que ha pasado por aquí, y en otros conferenciantes que están hablando de política últimamente, eso de referirse al “Régimen anterior” así, a secas, es una forma de suavizar, y por tanto de enmascarar, la cruda realidad de un sistema político dictatorial que cercenó salvajemente los más elementales derechos de los españoles.

No ha habido en España un neutro régimen anterior, no ha sido neutro, y no ha sido un Régimen anterior. Lo que hubo fue una Dictadura pura y dura, y una Dictadura personal, con la que colaboraron no pocas instancias y personas en su propio provecho y en perjuicio de la mayoría. Desde la Iglesia oficial, que llevaba al Dictador bajo palio, hasta los presuntos tecnócratas que le dieron cobertura teórica en los últimos años, por no hablar de los militares o del Partido único, que irónicamente se denominaba Movimiento. Todas estas fuerzas estaban de una parte de la trinchera, enfrente, bien es cierto que muy debilitados, estaban los demócratas, los luchadores por la libertad y la democracia sin apellidos, los perseguidos, los aplastados, los silenciados, los represaliados, los exiliados, los escondidos. No nos confundamos. No perdamos esta perspectiva. Que no nos vengan ahora con monsergas, pasando factura de zapadores de la Dictadura a aquellos que legitimaron sus procedimientos y sus fines, prestándose a participar en los simulacros de representación franquista.

No ha habido, por definición, procuradores o consejeros nacionales del movimiento demócratas ni democratizadores, su sola presencia en esos órganos, que aplaudieron los estados de excepción, las condenas a muerte, las operaciones de represión de las más elementales libertades, el aplastamiento violento de las manifestaciones obreras o estudiantiles, es incompatible con ese perfil angelical con que ahora se presentan ante la sociedad. Así que hoy se puede venir aquí a Badajoz, o a esta aula de cultura, y decirle a la gente, a ustedes, que no tienen ni idea de lo que representaba en 1970 presentarse a Consejero Nacional del Movimiento frente a un militar de la vieja guardia. Es posible que mucha gente no se haga idea pero, si esto es así, mucho menos podrán imaginarse lo que en esas mismas fechas significaba estar en la cárcel por pensar libremente, por defender los derechos más elementales de los trabajadores, por pedir libertad de cátedra en la Universidad, por escribir un artículo o un libro, por ser familia de luchador republicano, por ser socialista, comunista, anarquista, o simplemente demócrata.

Y a ustedes, a los que se les pide en alguna conferencia de este ciclo que aprecien, como un mérito de demócrata, el haber ganado un puesto en el Consejo Nacional del Movimiento, en el año 71, yo les pido que aprecien casos como el de Juan Pedro León, que se escondió en su casa de Arroyo de la Luz tras la guerra y no salió del agujero hasta 1951, casi ciego y sin poderse poner nunca más de pie. Y como él otros extremeños que se enterraron en vida, durante decenios, como

Patricio Sierra en Orellana, Juan Cerezo en Aldeanueva del Camino, o Cesáreo Blanco, que pasa tres largos años encerrado en un baúl. Y si se les levanta el estómago con estos recuerdos, sobre todo a los más jóvenes, tan políticamente incorrectos en estos tiempos, que al menos recuerden los casos de Tierno Galván, Aranguren o García Calvo, expulsados de sus cátedras y condenados al ostracismo en la misma época en que algunos participantes en las pantomimas franquistas data sus fervientes, y desde luego ocultísimos deseos, de democratizar el país.

Los españoles recuperamos la Democracia sin símbolos y sin fechas, que es una de las características de la Transición española. No tenemos símbolos y no tenemos fechas. No existe un 14 de abril, que fue la fecha simbólica de la instauración de la República en España, en 1931; no existen unos claveles en la bocacha de los fusiles de los soldados –la Revolución de los Claveles, de Portugal-. Casi todas las fechas que se pueden poner encima de la mesa para saber cuándo empieza la Transición en España son fechas negativas: la muerte de Carrero Blanco, la muerte del General Franco. Nunca fechas positivas. Así que, primera característica de la Transición española: ni tenemos fechas ni tenemos símbolos con lo cual cada cual, o cada uno, puede apreciar una fecha distinta en el momento de decir cuándo empieza esa Transición. Como no hay fechas, como no hay símbolos, es difícil ponerse de acuerdo sobre cuándo y cómo empezó la Transición española, que nos llevó desde un Régimen Dictatorial a un Sistema Democrático. Para unos, el 15 de junio de 1977, fecha de las primeras elecciones democráticas, puede ser una fecha significativa donde da comienzo la transición política en España. Para otros, el 6 de diciembre de 1978, fecha de promulgación de la Constitución Española, puede ser también otra fecha significativa para el inicio de la Transición. Para unos, la muerte de Carrero puede ser también otra fecha. Para otros, la muerte de Franco puede ser otra fecha.

¿Cuál es la mía?, ¿Cuál es mi percepción, desde los límites temporales de la Transición? Desde 1969, como ha dicho el Director de la Residencia, hasta 1974 yo curso estudios en Sevilla –antes había cursado Magisterio en Badajoz- y me relaciono con círculos comunistas primero, y socialistas después, tras una amistad que se inicia en el año 69 con Alfonso Guerra. Son años, esos años del 69 al 74, son años duros, de una enorme represión policial, como consecuencia de las luchas obreras y estudiantiles de aquellos tiempos. Si bien es cierto que se combate al Régimen Dictatorial con gran dureza, no es menos cierto que la Dictadura golpea esa disidencia con una enorme contundencia. Y que la mayoría de la población permanece totalmente al margen de esa confrontación que se produce entre demócratas y Dictadura. La conclusión es que no se aprecia, en los finales de los años 60 y principios de los 70, el más mínimo síntoma de que el Régimen se pueda tambalear.

En diciembre de 1973 ocurre, sin embargo, algo que permite adivinar que los planes de la Dictadura se tuercen. Me estoy refiriendo al asesinato de Carrero Blanco. Ese 20 de diciembre, a las doce de la noche –el día del asesinato de Carrero Blanco- yo intentaba pasar en un tren la frontera de Irún, ya que se ha dicho que efectivamente estuve en Francia, intentaba pasar la frontera de Irún con un equipaje bastante comprometido, con bastantes libros que allí, en Francia, eran libros de circulación corriente y que aquí en España estaban absolutamente prohibidos por el Régimen. Debo comentar una pequeña anécdota, porque hay mucha gente que me pregunta

por mis aficiones deportivas o futbolísticas; esa noche, a Carrero lo asesinan por la mañana, esa noche evidentemente registran y paran a todo el mundo que se encuentra por el camino la policía franquista de entonces y el tren de París-Madrid es detenido en la frontera de Hendaya y es registrado de arriba abajo el tren. Yo iba con una maleta, repito, con libros bastante comprometidos, que me hubieran costado un disgusto. Cuando el guardia civil que iba a registrar mi equipaje, en el departamento donde yo afortunadamente estaba solo, y con los nervios consecuentes en ese momento, se me ocurrió preguntarle cómo había quedado el Barça en su partido que jugaba con no recuerdo quién, el guardia civil inmediatamente me preguntó: “¿es usted del Barça?”, “sí señor”, “pues yo también”, y nos pusimos a echar un cigarro y a hablar del Barça, y ni siquiera me registró la maleta, y gracias al Barça yo, en ese momento, pude llegar a Mérida. No digo nada si el guardia civil llega a ser del Real Madrid, ¿eh?, pero tuve la suerte de que el guardia civil era del Barça y yo le estoy muy agradecido porque me salvó en ese momento de una situación bastante complicada.

El asesinato de Carrero Blanco a manos de ETA elimina la posibilidad de un franquismo sin Franco, que era lo que todo el mundo intuía que podía pasar. Franco estaba enfermo y todo el mundo consideraba que aunque el Dictador muriera el franquismo continuaría con la figura de Carrero Blanco. Y, sin embargo, esa muerte hace que la Dictadura quede pendiente de dos hilos, uno Franco, lógicamente, el fundador del Régimen, pero que era un hilo débil que se iba apagando, ya estaba enfermo y se veía que su salud iba a durar poco. Y el segundo hilo era el Príncipe Juan Carlos, ya nombrado sucesor por el General Franco, y ratificado por las Cortes, pero que en ese momento era una absoluta incógnita. Nadie sabía exactamente qué podía dar de sí el Príncipe Juan Carlos. Así pues, muerto el hombre fuerte, que era Carrero Blanco, y enfermo el fundador del Régimen, y con la incógnita monárquica que representaba Don Juan Carlos en ese momento, no parece desacertado que alguno cifre el 20 de diciembre de 1973, día de la muerte de Carrero Blanco, como una fecha clave de nuestra Transición española.

En enero de 1974, pasadas las Navidades, yo volví a Francia, y en ese país, en una habitación de un Instituto donde yo daba clases, concretamente en Nantes, daba clases de español, conocí una noticia en una noche que me conmocionó, me emocionó y me agitó profundamente. Conocí la noticia del triunfo de la Revolución de los Claveles en Portugal, un 20 de abril. La alegría con que transmitían la noticia de la Revolución Portuguesa las emisoras francesas y el mimetismo con que Radio París, que era una emisora que emitía en castellano, desde Francia, y que todos los demócratas escuchábamos por la noche junto con Pirenaica, etc., etc., y que muchos de los que están aquí, mayores, recuerdan cómo se entornaban los postigos de las casas que querían escuchar las noticias que de verdad no contaba el Régimen. Pues Radio París -que también escuchaba yo en Nantes- estableció un mimetismo absoluto, recuerdo que por allí pasó esa noche Carrillo, Mario Soares, que se despedía de Francia, que volvía a Portugal al día siguiente, etc. y estableció esa emisora, y también las emisoras francesas, un paralelismo entre lo que ocurrió en Portugal en ese día y lo que podía pasar en España. Y esa noticia, esa alegría, hizo que la Revolución de los Claveles fuera para mí la fecha simbólica del inicio de la Transición.

Es decir, que si tengo que pronunciarme por una fecha donde para mí empieza la Transición en España, la cifro en la Revolución de los Claveles de Portugal de 1963..., 73. Ésa es mi fecha de inicio.

¿Cuál es la fecha, sabida ya, puesto que se me pidió una opinión personal, sabida ya cuál es la fecha que para mí empieza la Transición, cuál es la fecha en la que termina esa Transición? Si me hubieran preguntado el 27 de diciembre de 1978, fecha de la sanción de la Constitución por el Rey, y leyendo la Disposición Derogatoria de esa Constitución, que con una enorme alegría leíamos todos los demócratas diciendo: *“Queda abolida la Ley del Principio del Movimiento Nacional, queda abolido el fuero de los españoles, queda abolido el fuero del trabajo, queda abolida la Ley de Sucesión de las Jefaturas del Estado”*, etc., etc., en ese momento, leyendo eso, uno decía: *“Se acabó lo de atado y bien atado”*, que dijo Franco antes de morir. Ahí pensé yo que no quedaba nada del Régimen anterior, la Disposición Derogatoria acababa con toda la Legislación de la Dictadura y que la Transición había terminado.

Pero el 23 de febrero de 1981, cuando me vi en el suelo del Congreso de los Diputados, en la moqueta, rodeado de guardias civiles golpistas disparando, me di cuenta de mi error, que no era el 27 de diciembre de 1978 la fecha en que la Transición había terminado, puesto que yo y trescientos cincuenta diputados estábamos en el suelo, recibiendo un trato absolutamente disparatado por parte de un grupo de golpistas. La Transición no había acabado y la Democracia había sido un sueño de una noche de verano, pensaba yo en ese momento, volvíamos a la Dictadura. Está por escribir qué pasó esa noche y las semanas precedentes, sabemos algo de la trama militar pero casi nada del apoyo civil al Golpe de Estado de esa fecha.

Hoy mi percepción es que la Transición, si tengo que pronunciar alguna fecha, terminó cuando España se incorpora a la OTAN, cuando entra en el Mercado Común, casi por la misma fecha, y cuando reconoce el Estado de Israel, casi por la misma fecha. Es decir, el 1986, en números redondos, es la fecha en que para mí termina ese período tan fértil que llamamos la Transición.

No obstante, sea cual sea la fecha de inicio, que no sé si los conferenciantes que han pasado por aquí habrán coincidido, o yo con ellos, y cualquiera que sea la fecha de inicio, y con los avatares que he dibujado a muy grandes brochazos, creo que ha llegado el momento de preguntarnos: *“y mientras tanto ¿Qué es lo que ocurría en Extremadura?”*, que es en definitiva el título de este Ciclo. ¿Qué pasaba en una sociedad, como la nuestra, en la que casi por antonomasia no pasaba nunca nada? Pues, como en el resto del país, se vivía una agitada época de ideologización apresurada, de agitación intelectual, de temor, y de esperanza. Y poco a poco comienzan a surgir en la prensa, sobre todo en la Hoja del Lunes, que ya no existe, y en la opinión pública informada, nuevos nombres que unir a los de siempre, a los apellidos ilustres de esas épocas, de esas pocas familias que bautizaban en Extremadura a las calles, a las instalaciones públicas, a despachos oficiales. Junto a los apellidos compuestos de los Díaz-Ambrona, de los Sánchez de León, de los Hernández-Gil, de los Pérez de Acevedo, etc., etc., aparecen políticos y altos funcionarios que optaron por hacer carrera política en la administración del último franquismo, como Felipe Camisón, Jaime Velázquez, Julio Cienfuegos,

Antonio Masa, Luis Ramallo, etc., y frente a este grupo surgen los eslabones generacionales, las figuras puente que engarzan con los demócratas republicanos, con personas emblemáticas como las de Pablo Naranjo, D. Pablo para los socialista, un eficaz aglutinador de jóvenes con inquietudes que después tomarían las riendas del PSOE en Cáceres, o Carlos Espada y Cansinos Rioboo en Badajoz, y rápidamente generaciones más jóvenes, provenientes de medios obreros, universitarios, de la enseñanza o de profesiones liberales, gente como Alberto Asuar, Chano Fernández, Pedro Olmos, Julio Yuste, Ricardo Sosa, Luisa Merino, Pedro Cañada, los hermanos Agorreta, Paco Fuentes, Paco España, Moisés Cayetano, Manuel Bermejo, Quini Trejo, Antonio Vázquez, Manuel Parejo, José María Coronas, Rodríguez Contreras, Angel Calle, etc., etc., etc.

Se trata de una primera manifestación de una cierta transición social que permite el surgimiento de una élite política nueva, gente corriente que ha formado, que se ha formado políticamente en la oposición clandestina al último franquismo, o que se inicia con la efervescencia de esos años inaugurales, sin pedigrís familiares ni vínculos con las altas instancias del régimen franquista.

Y junto a esa variada fauna autóctona, la siempre solícita capital, Madrid, que nos envía a que nos hagan la Transición personas curtidas en estas lides que, con o sin raíces en Extremadura, aterrizan desde Madrid, o desde Sevilla, para organizar las incipientes fuerzas políticas de la región, como Pablo Castellanos, Alberto Oliart, Luis Yáñez, Rovira Tarazona, Juan Antonio Ortega o Eugenio Triana. Y con estos dispares mimbres personales se comienza el cesto de la democratización de la región o, si ustedes quieren, de la Transición en Extremadura.

La existencia de paracaidistas en todos los Partidos, enviados por los aparatos centrales para organizar las respectivas fuerzas y dar los primeros pasos hacia las urnas, es una característica común de nuestra primera Transición. Pero la diferente reacción de unas fuerzas y otras, en una segunda fase, nos permite apreciar una de las grandes diferencias entre las fuerzas conservadoras y las progresistas en Extremadura. Y no se trata, por lo que parece, de un mero rasgo histórico ligado a aquella época, sino un componente genético de la Derecha extremeña, que sigue hoy produciendo efectos en sus filas. Se trata del diferente concepto de la política regional, que para los conservadores es meramente instrumental, se hace con la vista puesta en unos objetivos, mientras que para las fuerzas progresistas, y especialmente para los socialistas, no es instrumental esa política sino sustancial.

Para los socialistas, concretamente, la vida pública regional, el trabajo en, por y para Extremadura, es una opción política y personal meditada y consecuente. Se opta por hacer política en la región, para ver los resultados de esta acción en el entorno más próximo, y no para hacer méritos en el escalafón del Partido correspondiente para ser catapultado hacia Madrid. La generación de políticos socialistas de estos últimos decenios ha unido su destino personal al éxito de su actividad en Extremadura y al destino de los extremeños que no quieren emigrar, sino ser felices en su tierra, y eso nuestros paisanos lo saben. Sin embargo, para la derecha la cuestión presenta unos perfiles completamente distintos. Extremadura nunca ha sido su objetivo, no es el lugar al que se liga el destino político de cada uno para triunfar o fracasar, sino que se utiliza como mero soporte instrumental para conseguir el objetivo de marcharse, de irse a Madrid. La derecha ha optado

sistemáticamente por la cola del león, despreciando la cabeza del ratón, y los extremeños se han dado cuenta de ello castigándoles sistemáticamente en las urnas por esa pequeña traición cotidiana de proclamar su extremeñismo con la cabeza puesta en su idea en la Corte.

Y esta actitud de desprecio hacia la región alcanza su punto culminante en aquellos casos en los que se contrae expresamente un compromiso con los electores extremeños, que no se mantiene si estos no dan un respaldo mayoritario al candidato de que se trate. Presentarse a las elecciones en la región y en vez de cumplir con el cometido que te señalen los electores, bien sea para gobernar o para hacer oposición, optan por irse fuera de Extremadura, es una estafa para quienes te han votado. Hay mucha gente que te vota para que defiendas sus intereses y esa gente tiene derecho a saber si vas a mantener tu palabra de representarlos, aunque sea desde la oposición. Porque esta actitud que denuncio no es precisamente nueva, sino que viene de esa época de la Transición de la que estamos hablando.

En efecto, desde los segundos comicios, las fuerzas progresistas extremeñas asumieron su protagonismo y se deshicieron de los mandatarios enviados por Madrid para organizar las respectivas fuerzas. Con mejor o peor fortuna desatamos, los progresistas, los lazos umbilicales y comenzamos a caminar sobre nuestros propios pies. Los máximos responsables de los partidos de izquierda son gente, en ese momento, de la región –y también ahora-, sin embargo la derecha sigue confiando sus riendas a personas con orígenes familiares en la región pero con una vida profesional, y familiar, organizada por lo general en Madrid. Son políticos de fin de semana, que vienen a dar una vuelta con la misma actitud del que va a ver su finca de recreo. Como se decía entonces, eran gente con mucha mano en Madrid. En ese momento, todavía muchos conservadores no habían asumido lo que de revolucionario tenía la introducción de las urnas en nuestra vida pública, y cómo esas papeletas en manos anónimas, no aseguraban nada eterno a los portadores de los ilustres apellidos, por mucha mano que hubieran tenido en Madrid en otra época. Con las elecciones democráticas comienza la era política de los Pérez, de los Muñoz, de los Sánchez, de los Rodríguez, sin más apellidos detrás. Ajena a esta revolución, como veremos, la derecha persistió a lo largo de la Transición, y aún hasta hoy, en este concepto instrumental de la política regional.

Como en el resto de las regiones españolas, en Extremadura la reivindicación democrática callejera iba acompañada de la reivindicación de un cierto grado de autonomía territorial. Entonces todos gritábamos en la calle, como una trinidad inescindible, “Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía”. De hecho el propio regionalismo extremeño, que durante el franquismo se alimentaba de simples mitos históricos mezclando en un batiburrillo indigerible a Viriato, la Virgen de Guadalupe y los Conquistadores, estaba ya en los 70 en esa línea menos histórica y más reivindicativa, con grandes diferencias, no obstante, entre las propuestas de izquierda del grupo Extremadura Saqueada y los conservadores que se emitían desde los círculos oficiales franquistas por personas como Sánchez de León o Julio Cienfuegos. Pero el hecho constatable es que las posturas regionalistas, de un regionalismo más ideológico que directamente político, empezaban a teñirse de consideraciones sobre la aportación de la región, las posibilidades de desarrollo, la Extremadura empobrecida pero no pobre, y las consiguientes posturas reivindicativas de actuaciones públicas al respecto. Bien entendido que estas

cuestiones interesaban entonces a una exigua mayoría intelectual y apenas traspasaban las barreras de la comunicación social.

De ese caldo de cultivo social, una vez abiertas las espitas de la libertad de expresión y asociación, no es extraño que surjan en la región diversos grupos regionalistas, desde el Movimiento para la Autonomía Extremeña al Grupo para la Autonomía de Extremadura, pasando por el efímero Partido Nacionalista Extremeño de Juan Belloso. Pero el intento más serio proviene de sectores más conservadores y de centro: Acción Regional Extremeña, ARES, se fundó en noviembre de 1976 por un grupo de entusiastas de Extremadura, aunque en honor a la verdad no todos se habían mostrado tan entusiastas de la Democracia tan sólo unos años antes. Sánchez de León, Julio Cienfuegos, Decoroso Tovar, Mariano Cabanillas, Juan Espino, Ángel Valadés, Cipriano Tinoco, Fernando Delgado, Francisco Pedraja, José Julián Barriga, José María Reino, Francisco Ortiz de Peralta, etc., etc. Su corta historia, la corta historia de ARES, es la de un suspiro entre la creación y su autodisolución en la naciente Unión de Centro Democrático de D. Adolfo Suárez tan sólo un año después. La operación política de ARES tenía un poco de todos esos defectos tradicionales de la derecha antes citada, un cierto extremeñismo de raíz más bien folklórica, aunque teñido de reivindicación desarrollista, un personaje importante, con mucha mano en Madrid y en los entresijos del poder, un cierto papanatismo frente a la gran figura que descendía desde la capital a Extremadura, la pervivencia de ilustres apellidos del último franquismo, y sobre todo ello el deseo de conservar el poder, que ya se detentaba, por otra parte, adaptándose a la forma y a los nuevos modelos democráticos.

Al principio, sin embargo, sí pudo ser una operación para hacer política de Extremadura, ARES, y no para recibir política desde los foros regionales. A pesar de sus lacras de nacimiento, ARES aglutinaba a muchos extremeños bien intencionados, que creían posible un despertar de su tierra, que creían posible la creación de una élite política surgida del pueblo y volcada hacia ese pueblo que creía imposible que la reivindicación frente a Madrid y lo que Madrid simbolizaba permitiría un mejor desarrollo de la región.

Pero a pesar de las proclamaciones enfáticas sobre la independencia del proyecto y su carácter autónomo, pronto pudo comprobarse que las críticas de personalismo e indefinición ideológica que se dirigían a ARES desde la izquierda y la derecha estaban más que fundadas. Tan sólo un mes después de que se fijaran en el Congreso Constituyente del Cine Alcazaba de Mérida, esas premisas aparentemente sólidas, el Comité Ejecutivo de ARES se reúne en Madrid con Suárez y en menos de tres horas se desdican rotundamente de sus principios programáticos y aceptan integrarse en la naciente coalición Unión de Centro Democrático, en condiciones que difícilmente pueden considerarse ni dignas ni aceptables. Si al inicio de la Transición hubo esperanzas de hacer políticas conservadoras o centristas, desde y para Extremadura, se frustraron cuando quedó claro que lo que importaba a los dirigentes de ARES era hacerse con un hueco al sol que entonces más calentaba, y tomar el camino de la Villa y Corte, camino que tantos otros políticos extremeños de la derecha han transitado desde entonces tras renunciar a la pelea aquí, en su tierra.

Ese primer y triste ejemplo de esa actitud conservadora en Extremadura de concebir la política en la región no como un fin en sí misma sino como un instrumento para catapultar ambiciones personales a Madrid. Es el primer ejemplo de esa permanente dimisión de las responsabilidades para con la región, del deslumbramiento por los oropeles y de la amnesia selectiva de un cierto nuevo riquismo pequeño-burgués, que queda estupendo en el papel couché de las revistas del corazón, única plataforma pública cuando a falta de ideas sólo se puede presumir de cortinas o de corbatas.

A pesar de que partía, en el 1977, de un regionalismo sólo tibio, con el lógico temor a un cantonalismo perjudicial para los más débiles, le tocó, pues, a la izquierda de la región superar esa fase infantil del extremeñismo defendido por los centristas y conservadores. Cuando AREX se disolvió como un azucarillo en las aguas ya turbias del centrismo, la UCD abandonó en gran medida la argumentación regionalista, salvo rebotes esporádicos poco creíbles. En honor a la verdad, sólo Pedro Cañada mantuvo el tono regionalista permitiéndose criticar a su Gobierno y amenazando con dimisiones que, eso sí, siempre se posponían para mejor ocasión.

Pero de las palabras a los hechos, fueron los socialistas los que pidieron formalmente, en otoño de 1979, un proceso autonómico más rápido y profundo, desde el principio, exigiendo un contenido político basado en la instalación de las instituciones autonómicas, incluido un Parlamento que dibujaba la Constitución española para las Comunidades creadas al amparo del artículo 151 y que no estaba claro en ese momento que también se pudieran imponer en las Comunidades del artículo 143. Durante ese año, de las filas de UCD llegan mensajes contradictorios respecto al Estatuto de Autonomía. Ya en diciembre de 1979 se expresa clara y públicamente que UCD no aceptaría más que la vía del 143 para ceder a la autonomía extremeña. Mientras tanto, la izquierda ganaba la batalla por la opinión pública en asuntos como Valdecaballeros, con el encierro de más de cien alcaldes en Villanueva de la Serena, lo que obligó, incluso a la UCD, a plantear dificultades a su Gobierno en Madrid. De ese esfuerzo de reivindicación y defensa de los intereses regionales en los últimos 70, nace en los 80 una izquierda, y especialmente un socialismo, con un discurso que eleva el tono regionalista bastantes grados por encima del Partido nacional en el que se encuadra. Enfrentada a hechos y presiones, como los de las grandes corporaciones económicas, que traen de la mano de los gobiernos centristas asuntos como la Papelera de Mérida, la deforestación, el desmontaje de la minería de Fregenal, o especialmente las Nucleares, la izquierda –y sobre todo el PSOE– asume la defensa de los intereses extremeños con un discurso que mezcla con alguna fortuna regionalismo e izquierdismo, y que hace bandera de la recuperación del orgullo y la dignidad perdida.

Ya no se hace un regionalismo que reivindica la atención ante Madrid alegando olvidos históricos, se hace un regionalismo defensivo, de trinchera diaria, un regionalismo de resistencia ante los sucesivos intentos de unos poderes económicos que, habiendo ignorado olímpicamente a la región durante decenios, de repente la descubre como un paraíso en el que instalar aquellos servicios que nadie quiere en su tierra, y sino recuerden ustedes Lemoniz. En esa resistencia madura el compromiso regional del socialismo extremeño. Frente a unos políticos centristas que con más o menos convicción defienden esas operaciones económicas como

componentes esenciales del desarrollo regional, pidiendo –eso sí, de cara al público- todo tipo de garantías sociales o ambientales.

Por lo demás, frente a una UCD siempre infectada de guerrillas internas, que trascendían de sus sedes y llegaban frecuentemente a los medios de comunicación, el Partido Socialista Obrero Español supo tapar las evidentes divergencias estratégicas y programáticas entre sus dos estructuras provinciales, dando hacia el exterior una imagen sino idílica de cohesión, sí al menos de razonable unidad de acción en los asuntos de carácter regional. El hecho de estar en la oposición con un buen resultado electoral, en aquel tiempo, nos daba a los socialistas una situación relativamente cómoda. Nuestro trabajo interno consistió en esos años, como en el resto de las formaciones, en recorrer incansablemente la región montando la estructura partidaria. Recuerdo, como una pesadilla, los continuos viajes nocturnos por carreteras infernales, para hacer reuniones o dar mítines en lugares increíbles, tabernas, discotecas, casas particulares, escuelas, viejos cines, etc., etc., iban surgiendo las antiguas Casas del Pueblo y se constituían Agrupaciones Locales en las que convivían los viejos militantes que soportaron el franquismo con gente joven, trabajadores o estudiantes, y tímidamente, muy tímidamente, algunas pocas mujeres.

Poco a poco la sopa de letras se iba clarificando también en la izquierda. Convergen en el PSOE extremeño, con más o menos dificultades, la gran mayoría de los militantes del Partido Socialista Popular de Tierno Galván, que contaba con personajes en Extremadura como Martín Rodríguez Contreras, o quien me acompaña esta noche, Eduardo Orduña. Se mantienen fuera fuerzas tan extrañas como el Partido Socialista Democrático Español, del que todos decíamos que estaba financiado por la CÍA –su dirigente se llamaba García López y le decíamos Cía López- y en el que militaron personas que acabaron en el regionalismo pasando por UCD y el CDS, como Tomás Martín Tamayo, o en el PC, como Moisés Cayetano. Si bien éste intentó antes otra aventura en el Partido Socialista del Pueblo Extremeño.

Por su parte, el Partido Comunista de Extremadura inicia su actividad en medio de un clima de reticencias populares heredadas de una machacona propaganda franquista, que había dibujado a los comunistas con todos los atributos del diablo antiespañol. Asimismo otro grupo, aquí me gustaría recordar la importancia de la figura de José María Corona, a la sazón Secretario General del Partido Comunista de Extremadura y que tuvo un protagonismo importante en muchos de los acuerdos a los que llegamos los demócratas en ese tiempo. Asimismo, otros grupos a su izquierda se enmascaran en asociaciones juveniles, sindicatos o plataformas, tras los que se encuentran la Liga Comunista, el Partido del Trabajo, o la Organización Revolucionaria de Trabajadores, organizaciones en las que actúan Leonor Flores -actualmente concejala de Cáceres- Juan Canet –abogado laboralista en Mérida que murió trágicamente en un accidente en la primera campaña electoral-, Pedro Olmos, Angel Calle, etc., etc. El comunismo extremeño sigue los pasos de sus organizaciones de ámbito nacional, incluida la crisis del Partido Comunista de España, diluyéndose en un discurso muy ideologizado pero poco atractivo para los electores.

(Suena un móvil cerca del Presidente. Él hace una pausa y pregunta: No habrá nada de riada, ¿no?)

Los 80 son los años de la consolidación democrática en España y de la consolidación de las instituciones regionales en Extremadura y en el resto de las Comunidades Autónomas. Es también la época en la que comienza a mitificarse el período de la Transición. Efectivamente, como parte de la crítica hacia la situación de holgada mayoría absoluta socialista desde determinados medios de comunicación en los que tienen presencia centristas, comienza a alabarse ese tiempo haciendo rodar clichés que sólo en parte responden a la realidad. Se mitifica el consenso constitucional, el borrón y cuenta nueva, la capacidad integradora de todas las sensibilidades, incluida la abiertamente franquista. La moderación de los sindicatos, el pragmatismo de la izquierda. Se mitifica a los propios políticos de esa época y así se rehabilita públicamente a Suárez -bien rehabilitado diría yo- que pasa de villano escapista e irresponsable a héroe histórico; y a Santiago Carrillo -bien rehabilitado diría yo- sin cuya moderación parece que nada hubiera sido posible. Se premia a los denominados Padres de la Constitución, etc., etc. Consecuentemente se silencia sistemáticamente todo aquello que pueda empañar esta visión idílica de estos años tan desconocidos todavía. Se silencian las prácticas caciquiles de los conservadores y centristas, se silencian las actividades de las tramas negras antiterroristas de aquel tiempo, se silencia el oscuro papel de las potencias mundiales en nuestro proceso de transición. Se silencia el golpismo latente en parte del Ejército, etc., etc. Por ello, la Transición es tomada como ejemplo del proceso político posible en Europa del Este y en Iberoamérica, y nos convertimos en una primera potencia en materia de exportación del proceso de democratización.

Hoy, sin embargo, esa visión idílica se tambalea. Hoy se conoce mejor, y hay ahí muchas memorias por escribir, se conoce mejor, digo, los claroscuros. Los puntos negros y los borrones sobre el lienzo antes immaculado. Es lógico que sea así y espero que todo este Ciclo de Conferencias haya contribuido a despejar tópicos y a clarificar, con la perspectiva que da el tiempo, los perfiles de la Transición en Extremadura, desde luego menos mitificado que el proceso general español, porque era difícil mitificar una realidad tan obviamente conflictiva como la política extremeña de esos años. Salimos adelante, no obstante, y ese sentimiento positivo es en definitiva el que debe quedarnos a los extremeños, pero esa sensación de deber cumplido y de cierre de balance no puede convertirse en una patente de corso para que algunos intenten monopolizar los méritos ajenos aprovechándose de la proverbial desmemoria cívica de nuestros conciudadanos. Afortunadamente siempre nos queda la hemeroteca.

He dicho, y con esto voy a terminar, que para mí la Transición termina en los años 85-86, con nuestra incorporación al Mercado Común Europeo, al Referéndum de la OTAN y el reconocimiento del Estado de Israel. Sin embargo, tras el menguado triunfo del Partido Popular en las Elecciones Generales de 1996, desde distintos sectores políticos, económicos y periodísticos comienza a hablarse de una Segunda Transición. Sólo haré unos breves comentarios al respecto, puesto que se me ha llamado para hablar de la primera, pero como se habla de la segunda haré unos breves comentarios. Es cierto que a partir de 1985 desaparece la técnica del Golpe de Estado como instrumento para subvertir la voluntad popular. Felipe González anunciaba en Galicia, y El País lo recogía hace unos días, que en 1985 hubo un

intento de Golpe de Estado que si hubiera triunfado se hubiera convertido en un enorme magnicidio, porque hubieran muerto el Rey, la Reina, el Príncipe..., todo el Gobierno de España. Es cierto que a partir de 1985 la técnica del Golpe de Estado desaparece de nuestro país, pero si bien desaparece la técnica del golpismo creo – y es una opinión- no desaparece lo que los socialistas denominamos “*la conspiración*”, que empieza a mediados de 1993. Existen muchos datos que avalan esta información, me quedo sólo con alguno porque no quiero cansar mucho más. Por ejemplo, el programa que Televisión Española emitió hace unas semanas, dos semanas, alrededor del 20 de noviembre, fecha de la muerte del Dictador. ¿Por qué se encarga, este tipo de programas, a periodistas como Luis Herrero?, ¿a quién se invita a ese programa? –para quien lo viera-, sin duda a quienes desde 1993 están en la conspiración republicana.

Mientras el objetivo era la implantación de la República, la estabilidad del sistema no está amenazada, puesto que los republicanos, a pesar del apoyo de Anguita, son bastante pocos en nuestro país, o quizás son muchos pero aceptan la Monarquía. El problema comienza cuando esos intereses conspiratorios republicanos comienzan a ser manejados por quienes tienen necesidad de que haya un Gobierno que tenga que pasar –yo no digo éste- que haya un Gobierno en el futuro que tenga que pasar la página y poner punto y final a una situación que puede meter entre rejas durante treinta y cinco años a algún ilustre financiero.

A partir de ese momento comienzan campañas de descrédito personal de Su Majestad el Rey, y se comienza a inflar las condenas en una serie de procesos, GAL, FILESA, etc., etc., ¿con qué objetivo?, con el único objetivo de que el perdón generalizado pueda ser algún día. La Constitución Española actual impide un perdón generalizado, un indulto general, sólo habría dos caminos para conseguirlo: o una nueva Constitución, que permitiera el indulto general, o un nuevo Rey, que diera una Amnistía.

Nada más y muchas gracias.